

Kruschov

(Fragmento)

Dolores Labarcena

El que más puje se hará con el mejor bocado. Lo espero a las cinco en El Gallego. ¡No falte!, me escribió el abogado del señor Galán en un SMS. No tenía la menor idea de qué se trataba, pero fui. Es usted tan preciso como un reloj suizo, pronunció al verme en el umbral. ¿Cómo está? Sorprendido, creo que fue lo que dije. El abogado del señor Galán vestía uniforme militar, al igual que el cocinero y el asturiano, quienes al oírlo darme la bienvenida se sumaron: Gorra estilo Chester, pañuelo en el cuello, camisola y pantalón caqui, botas Segarra de tres hebillas y sus respectivos accesorios: arnés de combate y portacargadores de lona para fusil de asalto. ¡Fortaleza, Lealtad y Valor!, clamaron unánimes, y entramos. Peripuesto. El Gallego relucía, en honor a la verdad. De un bando serpentinas azul mahón y verde cetrino. Del otro banderas españolas, valencianas, y de Asturias, tan emblemáticas con su Cruz de la Victoria. En las jambas del portón de la cocina flores de papel crepé, y en las esquinas, velas y ornatos varios. No obstante daba la impresión de una sala de conferencias de una hermandad con pocos seguidores. Un recinto luctuoso, pensé. La única mesa que dejaron visible estaba al fondo, y mientras avanzaba, pude vislumbrar lo más insólito de aquel decorado: un jabalí atado al pomo de la puerta del lavabo con una soguilla. ¿Qué se conmemora?, indagué mirando fijo, indiscretamente al jabalí. No se asuste, Parado, es nuestra mascota. Hoy celebramos aniversario de la mili. ¡Zapadores! ¡Sí, señor!, expresaron a

coro el cocinero y el asturiano. Descorchen el Henri Abelé, dijo el abogado del señor Galán, y sus palabras fueron órdenes. El asturiano descorchó la botella y el cocinero repartió las copas. ¡A la de tres!, brindamos. Y cantaron:

*Mi glorioso Patrón San Fernando
me protege y me infunde valor.
El castillo en mi frente adornando
es orgullo de fiel zapador...*

¡Bravo, soldados! ¿No lo había oído, verdad? Es el himno del zapador, Parado. Le agradezco en nombre de todos su presencia. Antes éramos ocho y ahora quedamos tres. Los otros ya se pusieron el traje definitivo. ¡Zapadores! ¡Sí, señor!, expresaron nuevamente el cocinero y el asturiano. Se veían altivos, disciplinados. Sin embargo, en El Gallego todo era pretérito, hasta el jabalí. ¿Cuántos años tiene?, investigué al observar la carestía, sino completa, casi total de las cerdas del lomo. Unos doce años más o menos, reveló el asturiano en posición de firme, con los ojos mirando hacia el frente y los puños cerrados como si sostuviera un saco de boniatos en cada mano: Pigui se llama, señor. ¡Descanse, soldado!, intervino el abogado del señor Galán: Yo mismo le hice su jaula rodante. No da quehacer. Ya está ciego y ha perdido algunas piezas dentales, pero tiene un olfato delicado. ¡El muy pillín!, profirió jubiloso el cocinero dándole unos manotazos por el espinazo: Mire cuánto iza el hocico ¡Mírelo! Se le hace la boca agua con las huevas de merluza en salazón y la paella valenciana... Ese es el menú, Parado, comentó el abogado del señor Galán, invitándonos a la mesa donde dispuestos en platos desechables reposaban desde horas tempranas pirámides de anguilas, tacos de queso y jamón lasqueado: Ya ve, pensé en usted para que festejara con nosotros este día tan memorable para nuestro batallón. Con un simple arqueo de cejas, asentí. El tufillo peculiar de El Gallego me tenía con náuseas. Para desviar la atención, y no privarlo del ánimo festivo, pregunté al abogado del señor Galán si no le

molestaban el arnés y el portacargador. No chaval. Así continuaremos la velada, al igual que Piguí. Un soldado no puede prescindir de su indumentaria. Por lo menos hoy. El único día del año en que no soy abogado, dijo, y le creí. En todas las paredes de El Gallego colgaban mementos alusivos al carácter intrépido de los zapadores, e insignias de Orden y Rigor intercaladas con fotos de los ausentes, quienes posaban con familiares, esposas e hijos en celebraciones anteriores ahí mismo en El Gallego. Asturiano, dijo el abogado del señor Galán, descorcha el Clos de la Vall que voy a recitar un poema. ¡Olé, olé!, exclamó el coro.

*Por muy pequeña que sea
la babosa banana no es demasiado discreta
tampoco el pulpo gigante del Pacífico
quien aun camuflando sus huevos
no podrá salvarlos de la estrella girasol.
La cuestión no es de dientes
sino de astucia.
Bob Rodríguez se pudre a cuatro palmos del suelo.
La hormiga legionaria no es un comensal riguroso.*

¡Olé, olé!, volvió a exclamar el coro.

...

Contraviniendo mis órdenes de no abandonar el campamento, incluso en situaciones extremas, ni corta ni perezosa recogió sus bártulos y ojos que te vieron ir. Se pasó nuestra unión por el forro de sus caprichos, dijo el abogado del señor Galán refiriéndose a la huida de su exmujer. La velada duró hasta bien entrada la madrugada. De tantas botellas que se descorcharon adquirí una postura más suelta, desinhibida. Estaba eufórico. Fue entonces que pinché al abogado del señor Galán: ¿Cómo carajo murió su exmujer? Dejó la aspiradora enchufada y voló del nido. Hombres son los que se sobran. Firma: Veneranda. Por lo menos tuve el consuelo que escribió esa nota de su puño y letra. Así que ni di parte de su desaparición a las autoridades, dijo el abogado del señor

Galán. ¡Ajá!, exclamé poniéndome en jarras, sí, recuerdo ese nombre. Lo mencionó en el taxi camino a su casa el día del conejo. Y lo recordaba efectivamente por asociación, pues en medio de su ebriedad el abogado del señor Galán usó la palabra anticongelador por anticongelante, pero no hice mención de la contingencia. Cierto, Parado, su memoria es de elefante. Veneranda, sí, con V de veneración. La veneraba, Parado. No le hablaré de amor, porque el amor es la suma de ciertas sustancias químicas que segregamos. Y esa confusión, según la ciencia, dura muy poco. Pero incluso cuando se conocen los ingredientes de un guisado de cordero, lo encuentras delicioso. Soñaba con una reciprocidad duradera. ¡Ay, Veneranda!, exclamó, y le escapó un sollozo antes de brotarle dos goterones de los ojos. No llore, dije. No, esto es de ira, Parado, impotencia. Asturiano, formuló con una leve, casi escalonada modulación en la voz, tú ya conoces la historia. Trae por favor coñac. Una mujer hermosa, prosiguió, pero a la postre se convirtió en una bayeta de piso. Y aunque presumía de emancipada, su núbil ardor sucumbió para convertirse en un ser fanatizado por el altruismo. Una lunática desaliñada. El deber como ciudadana del planeta me aclama, decía con su torpeza reflexiva, y tao, tao, tao. La culpa es absolutamente mía. Le masacré las pocas neuronas que le quedaron después de consumir tanta Dexedrina en su juventud. Y esto con algo inofensivo, pedagógico: documentales sobre antropología, tribus y lenguas en peligro de extinción, el hambre en países del tercer mundo, etc. Nunca creí que fuese tan vulnerable y autodestructiva, una amenaza para sí misma. Dijera lo que dijese, movía la cabeza de aquí para allá y de allá para acá esperando que me sumase a esa ridícula reconquista y salvación del planeta. Déjale ese asunto a los jesuitas y a las asociaciones de apadrinamiento a distancia. Con el trabajo que tengo es suficiente, Veneranda, la reprendía, no me quedaba otra. Pero seguía con la mirada perdida y las greñas sueltas pasando la aspiradora. Solo pasaba la aspiradora en la cocina. No entendía el porqué.

Beba, Parado. Nos iremos en taxi, dijo, y bebí. El asturiano me sirvió. Por su cara comprendí la admiración que sentía por el abogado del señor Galán. Parecía una piñata. Hizo planes para irse a África, Parado, continuó hablando el abogado del señor Galán, e inesperadamente se soltó Pigui. Sospecho a causa de la de veces que trasteamos el pomo de la puerta del lavabo. ¡Recoge a esa bestia, Asturiano! Que nuestro día de la mili ya es un cadáver que apesta, gritó el abogado del señor Galán al sentirse interrumpido. El jabalí chillaba penosa, afligidamente, mientras aquel asturiano lo arrastraba a la fuerza. Su pedida de auxilio despertó al cocinero, quien de igual forma chilló: ¡El puchero estará en media hora, señor!, y acto seguido descolgó la cabeza en el taburete al igual que un pato cuando le giran el pescuezo. Desistió, Parado, otra vez retomó el curso de la conversación: ya la señora no se iría a África sino al Amazonas. Y un buen día emprendió la aventura. ¿Se fue entonces al Amazonas?, curioseé. De ninguna manera chaval, al Caribe. Me voy al Caribe, dijo riéndose desde la hamaca, en el balcón. Y siendo abogado, Parado, no me resulta fácil obsequiar ni recibir misericordia. Pues ahí está la puerta, Veneranda... y encontró la salida. La primera carta decía así: Estoy defraudada en cuanto al descubrimiento de que en el Caribe no existe ni rastro de culturas indígenas. Y para desmoralizar mi ego añadió que fui una de sus peores alucinaciones. Más adelante me contó que vivía alquilada en un cuchitril, que hablaba español y las hamacas eran baratísimas.